

Alemania y sus fantasmas

LUIS MEANA

Impacta ver a un Canciller alemán prácticamente decapitado. Por más que siga sentado en el trono. Unas elecciones en un «Land» poco relevante han llevado al poder por primera vez a la AfD (Alternativa para Alemania). Y en Berlín, cosa parecida: un partido de izquierda extrema y con querencias soviéticas puede apoderarse de la gobernación de la capital del antiguo Imperio. Enseña la Historia que Alemania lleva muy mal las incertidumbres, las encrucijadas y las crisis profundas. Que la desencuadernan. Nadie debería olvidar que, a su manera, esa nación es el sismógrafo de Europa: lo que ocurre en aquella lejanía acaba afectando/sobreviniendo en las cercanías. El país que ha funcionado en los últimos decenios como estrella polar de Europa está perdiendo el oremus y, en esa tesitura, sueña con milagros y viejos fantasmas. Consecuentemente, la atmósfera se está llenando de palabras y sombras spenglerianas: ocaso o apocalipsis.

Todo esto no es algo inesperado, viene incubándose desde hace mucho tiempo. Está Europa en medio de fuertes movimientos telúricos: resultado de graves faltas de realismo, buenismos, cegueras, negligencias y errores cometidos durante décadas. La prensa relata cada día estos fenómenos geológicos. Se agradece. Pero para entender la situación tampoco está de más echar mano de explicaciones olvidadas. Por ejemplo, la de una destacadísima mujer, culta y acaudalada, que vivió en vivo y en directo la Revolución Francesa y cuyo salón se convirtió en epicentro de la vida política y social de París. O sea, Madame de Stäel. Tan odiada por Napoleón que la mandó al exilio, destierro que ella aprovechó para recorrer Alemania y dejarnos en un libro imperfecto pero valioso, «De l'Allemagne», reflexiones importantes sobre la naturaleza de Alemania y Francia.

Señaló esta famosa «salonnière» que franceses y alemanes son eslabones extremos y contrapuestos de una misma cadena. Según ella, Alemania careció durante siglos de un centro común poderoso, mientras Francia tuvo siempre a París. A los alemanes les faltó el lazo que atase aquel exagerado haz de Mini-Estados/Länder. Sin ese centro de concentración de las mejores cabezas, la sociedad alemana (digamos, sus «socialités») no fueron capaces de determinar/prescribir los hábitos y conductas de la nación. Al contrario que en Francia, donde todos los grandes autores se movían y pavoneaban en un único escenario luchando por merecer la frase con la que Montesquieu retrató a Voltaire: «tiene más que nadie el espíritu que todo el mundo tiene». En Alemania todos tenían un espíritu distinto y no había esas vanidades. Esta peculiaridad provocó dos consecuencias. Una: gracias a esa diversidad y aislamiento nació la gran riqueza y profundidad del pensamiento alemán. Allí la mayoría de escritores y pensadores trabajaban en soledad, entregados en cuerpo y alma al estudio y las especulaciones, incommunicados casi entre sí, sin pompas ni salones, y ese ensimismamiento convirtió al país en primera potencia intelectual y filosófica. Alemania ascendió, por tanto, a patria del pensamiento, mientras Francia no pasó de ser referencia del gusto y la elegancia. Segunda consecuencia: la conformidad con esa estructura de Mini-Estados impidió que Alemania llegase a ser una gran potencia

política. A falta de un único gobierno, un único culto, unas leyes comunes, los mismos intereses políticos y una opinión dominante, Alemania se condenó a ser una «nación retrasada» (fórmula de Plessner).

Hizo Madame de Stäel otra observación importante. Alemania sufría una descoordinación/contradicción profunda entre espíritu y carácter: los teóricos alemanes rechazaban categóricamente cualquier limitación a su pensamiento, pero aceptaban, sin rechistar demasiado, los yugos en los comportamientos. Abominaban de las reglas en literatura y pensamiento, pero las toleraban en las conductas. Unieron así la mayor audacia de pensamiento y el carácter más obediente. Cumplían escrupulosamente las órdenes como si cualquiera orden fuera un deber. Hay que tener, sin embargo, cuidado con sacar conclusiones precipitadas: asegura Madame de Stäel que no lo hacían por servilismo sino por devoción a las regularidades. Necesitaban tanto la independencia de pensamiento como los reglamentos de comportamiento.

Volviendo al presente, las elecciones de este alemán han mostrado que algunos de esos elementos están todavía vivos, por más que los creyésemos muertos: ha reaparecido la vieja debilidad «federal» (fuerzas disgregadoras y centrífugas), el poder central de irradiación sigue siendo insuficiente y continúa la obsesión con reglas y reglamentos. Sí ha habido una pérdida decisiva: la desaparición/degradación del poderoso pensamiento alemán, dañado mortalmente por la Primera Guerra Mundial y apuntillado por la Segunda. ¿Qué hacer entonces? Pues reconstruir/reiniciar su historia. Y a eso se entregaron con total intensidad, a crear una democracia constitucional y «reinventar» una nueva «naturaleza» política alemana: la prosperidad socialdemócrata, mezcla asimétrica de economía e ideología, de democracia cristiana y socialismo «cristianizado». El problema de esa «invención» es que sólo funciona si se cumple una condición «sine qua non»: prosperidad creciente (o al menos suficiente). Cosa muy difícil de lograr porque es casi imposible que la economía crezca al ritmo de los «deseos» y expectativas de los ciudadanos (más derechos, más bienestar, más exigencias/ensoñaciones). Si la prosperidad flaquea o desaparece, la socialdemocracia –y con ella la democracia– se convierten en mera fachada cosmética. En mueca política. Y, a partir de ahí, comienza el eterno retorno de lo mismo. Primero, la Razón es arrasada por las pasiones/frustraciones ciudadanas. A continuación, aparece el eterno fantasma: el Mago/Aventurero que camela/engaña al pueblo. Después, los países entran en una deriva demagógica (con subasta de promesas inviables). Y para acabar se el fantasma se apodera de las instituciones. «The End» de la democracia. Sobran, por tanto, análisis huecos: esas fraseologías de fascistas y ultraderechismos. La clave de todo es otra: la lenta abdicación de la Razón y la entrega ciega de las sociedades a la irracionalidad y la arbitrariedad despótica. Que llega a lomos de ideas falsas e irreales que llevan al desastre. Ese es el viento semihuracanado que ha soplado en el Báltico alemán excomunista. Y eso es Alternativa para Alemania: pura sinrazón, una irracionalidad más extraviada incluso que la de Le Pen, Vox o los Fratelli iniciales de Meloni. ■

